

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO IMPORTANTE.

Por circunstancias ajenas de nuestra voluntad no puede repartirse el tomo de la *España Caballeresca*, que teniamos ofrecido para 50 del corriente, hasta el 15 de mayo próximo. Lo avisamos á los suscritores para evitar reclamaciones, advirtiéndoles que queda abierta la suscripción hasta fin de mayo, á 20 rs. en Madrid, y 24 en provincia; desde esta época aumentará diez rs. el precio.

Tenemos repartidos en Madrid y remitidos á provincia el tomo segundo de las *Obras de Quevedo*, y el primero de la *Historia de la Revolución francesa por Thiers*; los que no lo hayan recibido se servirán hacer la oportuna reclamación. Igualmente avisarán los que quieran recibir el tomo segundo del *Thiers*, y el primero de los *Misterios de París* que se repartirán muy en breve.

CRONICAS ESPAÑOLAS.

MACIAS EL ENAMORADO.

Aquesta lanza sin falla
Ay coitado!
No me la dieron del muro,
Ni la prise yo en batalla,
Mal pecado
Mas viniendo á ti seguro,
Amore falso é perjuro,
Me firió, é sin tardanza;
E fué tal á miña andanza
Sin ventura.

I.

FAVOR POR FAVOR.

Era ya media noche.

El silencio mas profundo reinaba en los salones del palacio de don Enrique de Villena, cuando los quietos pasos de una persona se oyeron cerca de la cámara del marqués.

Se hallaba este sentado en un magnífico sofá forrado de raso negro, cuyo color contrastaba siniestramente con el de las colgaduras tambien

negras que rodeaban el salon, dándole un aspecto tan funebre y tenebroso, que parecia el espacio una masa oscura, condensada, luchando con los amortiguados rayos de una lámpara de plata, que apenas describia un círculo de luz de tres varas de diámetro.

En medio de este conjunto imponente de obscuridad y silencio, la raquítica figura del marqués se destacaba en el fondo de la sala, como una sombra inerustada entre aquella misteriosa nube, percibiéndose muy poco su rostro pálido y desecado por las vigiliyas y el insomnio.

Don Enrique de Villena, marqués de este nombre, era uno de los mas poderosos personajes de la corte de Castilla en el siglo XV; pero la mayor parte de las gentes de aquel tiempo huían de su vista porque le creían hechizado, y le citaban como el nigromántico mas temible de la época.

Efectivamente, don Enrique era dado á la nigromancia y pasaba los dias y las noches entregado enteramente á los ensayos de su ciencia, que entonces se miraba como un arte diabólico é infernal.

La noche á que nos referimos, acababa de venir de su aposento favorito, y yacia engolfado en un mar de pensamientos. Tiró de la campanilla y mandó á un page que se presentó fuese inmediatamente á buscar á su escudero Hernan Perez de Vadillo. Despues permaneció pensativo hasta sentir los pasos que anunciamos al principio de esta historia, y que originaba la llegada del hidalgo que deseaba ver.

—Siéntate aqui, Hernan Perez, dijo al recien llegado, y al mismo tiempo le hacia sitio en el mismo sofá en que él se hallaba.

El de Vadillo se sentó orgulloso de verse asi tan distinguido por su señor, haciéndole al mismo tiempo una reverencia respetuosa.

—¿Sabes para lo que te llamo? prosiguió.

—Decid....

—Hace un momento que Macias llegó á Andujar...

—Macias, señor!!!

—Si; trae la nueva de la muerte del maestre de Calatrava, y te llamo porque quiero á todo trance, ser el gefe de esa orden.

—Yo creo no habrá nada que os lo impida.

—¡Nada, Hernan Perez!!! ¿Te olvidas que soy casado, y que un casado no puede serlo?

—¿Pero olvidáis también vos que hay bebidas que el que las prueba muere, y puñales que estinguen la vida de cualquiera?

—¡Oh! no lo olvido, no, porque para eso te mandé á buscar.

—¡A mí!!!

—A tí.—Vas á hacerme un servicio, me comprometeré con la gracia que mas apetezcas; todo lo que quieras tendrás como cumplas con la lealtad de siempre el encargo que voy á darte.

—Continuad, don Enrique.

—Quiero que ahora mismo entres en la habitación de doña María de Albornoz, mi esposa, y que con tu puñal destruyas esa barrera que se opone al logro de mis afanes.

—¡Señor, un asesinato!!!

—¿Y qué es un asesinato si por él tendrás á tu disposición al marqués mas poderoso de Castilla?

En aquel momento el de Vadillo se acordó de Macías, y una alegría feroz animó sus lívidas facciones.

—Don Enrique, dijo, bien sabe Dios que solo por complaceros cometeré semejante crimen; y en seguida echando mano á la daga que pendía de su cintura, se dirigió á la cámara de la de Albornoz.

Un momento despues Hernan, Perez de Vadillo se presentó ante el marqués mas pálido que nunca, y horriblemente agitado.

Ambos se miraron sin hablarse.

En aquellas dos miradas habia cierta expresion de temor, é inteligencia que hubiera impaestó al mas sereno observador.

Silencio terrible.

Al cabo de este silencio una sonrisa incierta se dibujó en los labios del asesino de doña María de Albornoz: contemplaron sus ojos de ansiedad fijándose en don Enrique el hechicero, y se le acercó mostrándole un puñal ensangrentado y pronunciando con balbuciente voz:

—Marqués, hé aquí la sangre de vuestra esposa...

—Vadillo, que...!

—Me habeis dicho que por esta muerte os tendría á mi disposición...

—Y bien... ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, señor, dijo el hidalgo con visible agitacion y mirando á todos lados como si le persiguiese alguna vision funesta; que si alguna vez, no hombre tratase de destruir la felicidad de mi vida y vos fuésteis dueño de la existencia de ese hombre, y yo os dijese que era necesario hacer con él lo que acabo de hacer con doña María; medaríais vuestro permiso para....

—Te entiendo, Hernan Perez, favor por favor... vida por vida. ¿No es eso?—pues bien; te doy mi palabra de que cuando llegue ese instante, Macías irá á hacer compañía....

—Bien, perfectamente bien, señor; murmuró Vadillo con satánica alegría; me habeis entendido mas de lo que esperaba.

Volvió otra vez el mismo silencio.

En cada uno de nuestro personajes se podia leer el crimen que acababan de cometer: miradas perdidas y siniestras, inquietud continua y diabólica, un puñal ensangrentado en el suelo... Y todo esto á la amprubonda luz de una lámpara, y todo esto entre paredes negras... cuadro infernal en fin sobre un fondo oscuro, imponente y aterrador.

Despues, como si aquellas dos personas no tuvieran voz, se miraron mutuamente, se levantaron y desaparecieron como dos sombras con direccion á la cámara de doña María de Albornoz.

¿Que iban á hacer con el cadáver?

Lo que ignoró Andjar, la corte de Castilla y la España entera cuando se supo misteriosamente que la esposa del muy alto y poderoso marqués de Villena habia perecido.

II.

SORPRESA Y DUELO.

Elvira era una niña de ojos lánguidos y elegante cuerpo; una de esas creaciones de artista llenas de vida y animación... la mas hermosa doncella del servicio de don Enrique.

Hacia pocos meses que habia dado su mano á un escudero favorito del marqués, Hernan Perez de Vadillo, hidalgo de la villa de Porcuna. Pero este enlace mas bien fué un convenio entre su padre y su esposo que un deseo de aquella alma toda de Macías. Antes de consumarse el sacrificio de Elvira, el marqués habia mandado al joven trovador á Arjonilla con una mision importante. Cuando tornó Macías, ya no habia remedio; ese juramento indisoluble que une al esposo con la esposa, unia á su adorada ya con otro hombre.

Al siguiente dia de la llegada del doncel de don Enrique, se hallaba Elvira pensativa y sola reclinada en un sillón de su aposento. Hacia una mañana deliciosa: todo inspiraba alegría al corazón; el campo, la atmósfera, el cielo, todo en fin aparecía embellecido por un sol vivo y rutilante que deramaba por do quiera destellos de carmin y oro.

De tiempo en tiempo una lágrima resbalaba por sus pálidas mejillas, y de ilusion en ilusion pasaba las horas pensando en su querido trovador, cuando este se presentó á su vista.

—¡Macías en este sitio!! exclamó tan pronto como sus ojos le columbraron.

—Elvira adorada! muger por quien deliro de amor y padezco incensantemente; heime á tus pies, permíteme que te contemple un solo instante y que por tus labios celestiales vague una sonrisa amorosa, como las que en algun tiempo causaban mi embalse, y despues que venga Hernan Perez.

—Hernan Perez! sin duda olvidas que soy su esposa.

—Todo me lo han dicho.

—Ah! entonces ya sabrás porque acepté su mano.

—Sí, por impedir la ruina de tu familia.

—Luego, Macias, luego que sabes la distancia que nos separa, huye de esta cámara, huye porque una barrera maldita se interpone entre nosotros.

—¿Y que me importa esa barrera? que me importaseas la esposa de Hernan Perez? que importa todo eso á un hombre desesperado, á un hombre que sin él desea morir? ¡Ay Elvira! ¡querida Elvira! donde van aquellas noches de ventura en que solos en los jardines de palacio jurábamos amarnos hasta la muerte! —Ah! entonces cuan felices éramos! ; no es verdad, Elvira?... Tu te dormías en mis brazos arrullada por mis trovas, y te despertabas los besos que en tu rostro imprimía ardiente de amor, enamorado como ninguno.

—Macias! ¿á qué recordar aquellos momentos si su memoria me desgarró el alma? si, tienes razon, entonces yo era tuya y éramos dichosos, pero ahora, ahora otro hombre me llama su esposa, un hombre que no amo ni amaré nunca, porque este corazón que amó á Macias, no amará jamás á nadie....

—Elvira!.....

—Oh! yo no te lo negaré, no; yo te amo y solo en la tumba se extinguirá el amor de Elvira... Ah! maldición sobre los hombres que nos separaron el uno del otro poniendo un altar en medio!... Macias, huye por piedad! Oh! te lo pido de rodillas, primero preferiría morir antes que te viese mi esposo en este silló.

—Que venga, que estoy sediento de su sangre!... Ay de Hernan Perez tan pronto mis ojos le divisé! Pero, Elvira, apenas hace seis horas que llegué de Andújar y ya quieres que me vaya, que me vaya! cuando solo á tu lado me parecen cortos los instantes. Deja que goce un momento mas la dicha de oír esa voz que derrama ventura en los corazones, y que lido y arrobado de placer contemplo los hechizos de esa faz de ángel: y mientras el doncel la levantaba del suelo y la estrechaba con delirio entre sus brazos, un hombre entró en el aposento.

—Trovador de los infiernos!... gritó con voz de trueno sacando su espada y lanzándose al encuentro de Macias.

Al verle, Elvira lanzó un grito de sorpresa cayendo desmayada en su sillón contiguo; el doncel murmuró una imprecacion horrible y con la espada en la mano se precipitó al encuentro de Vadillo.

Entonces comienza entre ambos rivales una lid terrible y encarnizada... un duelo sangriento del que debía resultar la muerte de los dos segun la intrepidez y denuedo con que se atacaban y defendian. Habia llegado el momento que ansiaban y temian desde tanto tiempo; y cada uno queria beberse la sangre del otro como sino fuesen mas que dos panteras disputándose una presa que les era mas grata que la vida.

Por lo regular cuanto mas furiosos son los com-

bates de hombre á hombre, mas pronto se terminan; y así sucedió con el que nos ocupa.

Vadillo exhaló un ay!

Este ¡ay! débil é imperceptible era el epilogo del duelo. —El escudero del marqués habia caído muy mal herido y sin conocimiento.

Al mirarle en tal estado nuestro gallego trovador, dirigió la punta de su espada al corazón de su exánime antagonista: tal era el coraje que le inspiraba aquel hombre que aun le parecia poco verle vencido, y acto continuo le hubiera muerto, si la voz de don Enrique de Villeua no se dejase oír cerca del aposento donde estaba.

Irritose el marqués hasta lo sumo al comprender aquella escena, y despues de reprender agriamente al su doncel, mandó á sus soldados te llevasen preso á su castillo de Arjonilla.

HI.

VIDA POR VIDA.

Cuatro meses habian transcurrido desde los sucesos que acabamos de referir, cuando una tarde el de Vadillo entró en la cámara de don Enrique de Villeua y arrojándose á sus pies le dijo:

—Señor, acordaos de aquella noche que doña María...

—Tente, Hernan Perez, dijo el maestro de Calatrava, pues entonces ya lo era don Enrique el hechicero, estremeciéndose al recuerdo de su desgraciada esposa.

—Pues, bien, marqués; aquella noche vino á Andújar ese malhadado Macias, y ese hombre tan funesto para mí, despreciando los lazos que me unen con Elvira, entró en su habitación y... yo no sé lo que pasó entre ambos, pero cuando penetré en la estancia donde se hallaban, mis ojos los contemplaron abrazados.

—Abrazados!!

—En seguida hubo un duelo entre el doncel y yo, del que resulté vencido.

—Y yo al saber tal, mandé prender á Macias y encerrarle en una torre de Arjonilla.

—Bien; pero no hasta eso, porque aun así él escribe trovas que ella lee.

—¿Qué quieres, pues?

—Quiero que ese gallego trovador, nacido para mí desdicha, muera dentro de pocos dias. Acordaos, señor, que aquella noche en que doña María pereció á mis manos, vos me disteis vuestra palabra de que...

—Te entiendo... favor por favor, vida por vida. Pues, bien, desde ahora mismo puedes matarla donde quiera que te encuentres.

—Dios os conceda su gracia, don Enrique, dijo Ferran Perez de Vadillo levantándose y disponiéndose á salir.

—¿Dónde vas?

—Voy al instante á atravesar el pecho de Macias.

Desapareció el escudero al decir esto, y don Enrique entró en una estancia reservada que tenía, y que según el vulgo, era el teatro de sus conjuros de nigromántico.

IV.

LA ÚLTIMA TROVA.

El doncel de don Enrique de Villena era bizarro y de apuesto continente; trovaba como ninguno y como ninguno amaba á la bella Elvira.

Desde su mas tierna edad la poesia fué para él su Dios, su ídolo, su elemento; de modo que á los veinte años que era el tiempo que tenía cuando salió de la villa de Padrón, (1) de donde era natural, para la corte de Castilla, no tenía rival en toda su provincia.

Por recomendacion de Juan Rodriguez de Padrón, trovador de los mas famosos de aquella época y page de don Juan II, entró al servicio del marqués de Villena en clase de doncel; y desde entonces fué cuando empezó á mirar realizadas parte de sus ilusiones de poeta.

Macias se enamoró de Elvira.

Estos amores le hicieron columbrar un mundo nuevo de encantos y placeres, un porvenir de goces y de flores; empero el porvenir de estos amores era la muerte.

Hallándose encerrado en el castillo de Arjonilla una tarde de invierno, en que el sol descendiendo á su ocaso lanzaba débilmente sus hermosos resplandores sobre la tierra, contemplaba las fantásticas figuras de las nubes que surcaban por la bóveda celeste, desde la reja de su mazmorra,

En esta contemplacion se acordó de Elvira y trajo á la memoria la sangrienta escena que originaba su mansion en aquellos denegridos muros.

Elvira se le presentaba hermosa como siempre, y llorando su prolongada ausencia, tendida sobre el sofá en que tantos momentos la habia visto, y otras veces, solo cuando se acordaba que era la esposa de Hernán Pérez, se figuraba verta en los brazos de aquel sonriendo á los halagos que la hacia; entonces lanzaba horribles imprecaciones contra su suerte, que se perdian entre el rumor de sus cadenas.

Luego que se hubo calmado de sus arrebatos, tomó el laud, y en trova amorosa y adecuada á su situacion desventurada, cantó estas eufemias que se conservan aun en un libro de canciones antiguas en la libreria del Escorial, que son las únicas que existen de él.

Cativo dá miña tristura
xsá todos prenden espanto,
é preguntan, que ventura
foy que me atormenta tanto?
Mais non sey no mundo amigo
que mais deste meu quebranto
digo, disto que vos digo,

que ven sey nunca debia
al pensar que faz soia.

Cuidey sobir en alteza
por cobrar mayor estado,
é cain en tal pobreza
que morro desamparado;
con pesar é con deseyo,
que vos direy mal fadado
ó que é, eu ben é vexso
cando loco cain mais alto
sobir prende mayor salto.

Peró que pobre sandece,
por que me dou apesar,
miña doudura así erece
é morro por entouar;
pero mais non á verey
si non ver é deseyar
é por en así direy:
quén na carcel soñe vivér
rea carcel se vexsa morrer.

Miña ventura en demanda
me puso á tanta dudada
cô ó meu corazon me manda
que seya sempre negada;
pero mais non saberán
de miña coyta lazdrada,
é por en así dirán:
can rabiuso ó cousa braba
dô seu señor sey que trava.

Aun no habia concluido la última estrofa de su canto, cuando una lanza que le arrojaron con impetu á la reja, le atravesó de parte á parte sin exalar ni un ay, ni un suspiro, no oyéndose en aquel momento mas que el ruido de su cuerpo al desplomarse y el de las cuerdas del laud al hacerse mil pedazos en el duro pavimento.

Un instante despues un hombre de siniestra catadura entró en la prision, y dando con el pié al ensangrentado cadáver del cantor, soltó una carcajada de gozo que repitió el eco de aquella tumba de los vivos: era Hernán Pérez de Vadillo, el hidalgo de Porcuna, que no pudiendo matar á su rival cara á cara, tuvo que hacerlo á traicion como un cobarde que era.

Tan pronto Elvira supo la muerte de su amante, desapareció del palacio de don Enrique el hechicero, sin que se llegase á saber mas de ella. Varios escritores refieren su fin de distinto modo: unos que murió encerrada en un convento, y otros loca y abandonada.

El doncel de don Enrique de Villena fué enterrado en la iglesia de santa Catalina de Arjonilla, á donde se condujo en hombros de los caballeros mas principales del país. Colocaron sobre su sepulcro la sanguinal del esposo de la infeliz Elvira y se grabó sobre él la sentida trova que vá puesta al principio de esta lamentable historia.

(1) Galicia.

Poco tiempo despues desapareció esta poética inscripción y lo sustituyó la que en el dia aun puede verse sobre la losa de la tumba

Aquí yace Macías el enamorado.

V.

MACÍAS Y LARRA.

Desde entonces los amores de Macías se hicieron proverbiales en España; y su figura se destaca colosal allá en el fondo de la edad media española, presentándose á nuestra vista como el tipo mas completo de los amorosos donceles de aquellos tiempos.

Figaro se aprovechó de esta crónica del siglo XV y compuso de ella un excelente drama. Poco tiempo despues compuso tambien de la misma esa hermosa novela en cuatro tomos: *El doncel de don Enrique el doliente*, que sin disputa es una de las mas bellas que de su género se publicaron.

Entre Macías y Larra habia dos puntos de contacto, cierta coincidencia estraña que ponía sus vidas en parangon. Macías era poeta y amaba á una casada, Larra era tambien poeta y amaba á otra; estas dos esposas causaron la muerte de entrambos.

Figaro conoció que el signo de Macías era el suyo, y por eso escribió tanto de esta crónica que á ella le debe su mas hermosa corona literaria. La vida del doncel de don Enrique de Villena fué para Larra, lo que la tradicion del zapatero de Sevilla para el autor de *Sancho Garcia*, lo que la tradicion de Alfonso Perez de Vivero para el autor de *Don Ramiro*.

BENITO VICETTO Y PEREZ.

EL TABACO.

Generalmente se cree que todo el tabaco importado á Europa bien sea en cigarros ó en polvo, es producto de una sola planta, mientras por el contrario es él de muchas especies, de las que tenemos ya aclimatadas algunas en nuestros países.

La planta primeramente observada y que presta la mas considerable cantidad de tabaco, es conocida entre los botánicos con el nombre de *Nicotiana tabacum*; es originaria de la América del sur, y se eleva á la altura de cinco á seis pies; sus ramas no carecen de elegancia.

Su cultivo varia segun el clima de los diferentes países en que se produce: vamos ahora á poner de manifiesto los medios que mas en uso están en los Estados-Unidos.

Por febrero y marzo se siembra en una tierra ligera y bien preparada; con las primeras lluvias del abril comienza su germinacion, y se tiene cui-

dado de arrancar las yerbas estrañas que crecen en su derredor, como tambien de mantener las hileras de plantas á distancia de tres pies unas de otras, y de igualarlas cortando las cabezas de las que crecen demasiado. Por esta época suelen verse atacadas estas plantas de diversos insectos, de los que se las liberta metiendo en las plantaciones manadas de gallos de Indias. Cuando la *Nicotiana* ha adquirido la altura que debe, anuncia su madurez por las obscuras tintas de sus hojas y su calidad viscosa, y entonces se cortan los tallos por cerca de la superficie de la tierra, y se esponen al sol en haces durante un dia; en seguida las estienden sobre un cobertizo hecho de cañas, donde permanecen suspendidas hasta que se secan perfectamente las hojas; despues se las quita de los troncos, se colocan en hacesillos puestos unos sobre otros y se les cubre de paja para acelerar su fermentacion. De esta planta se estrae por destilacion un aceite verdoso que es un veneno muy violento.

Cuando descubrió Colon la América, cultivaban los indios una planta que quemaban en sus



Tabaco en hoja.

ceremonias religiosas, cuyo humo producía en el sacerdote llamado *Piacha* (1) el mismo efecto; que los vapores de la cueva de Delfos en la *Pitia* sacerdotisa del templo.

(1) Los *Piachas* eran á la vez sacerdotes, médicos y hechiceros: cuando los caeques acudían á consultarlos, echaban los sacerdotes tabaco en el fuego y aspiraban el humo, hasta que caían al suelo sin conocimiento: al volver en si daban la respuesta que suponían haber ido á buscar en el mundo de los espíritus.

De esta planta usaban tambien los naturales, porque en la época de la conquista era el fumar costumbre generalizada en el Nuevo Mundo, cos-



Tabaco en flor.

tumbre que se introdujo en el antiguo y que á pesar de la doble oposicion de los poderes religioso y civil, penetró hasta en las filas de las clases menesterosas, constituyendo uno de los gozes de la vida, esta importacion que nos hicieron los viajeros de aquellas apartadas regiones.

Trae su origen el nombre de esta planta, de Tabasco, isla situada en el golfo de Méjico, punto el primero en que la vieron usar los españoles á un cacique, como objeto de lujo. En 1519, al año siguiente, envió de ella Cortés á Carlos V; los comerciantes de Venecia procuraron su introduccion en Levante, pero aun pasó un gran número de años despues del descubrimiento de las Americas, sin que llamara la atencion este producto de la naturaleza.

Un cultivador holandés en 1561, regaló algunas semillas á Juan Nicot, señor de Villaman, embajador de Francisco II, en la corte de Portugal, quien las ofreció á Catalina de Médicis que apreciaba la planta como una de las mas saludables por sus virtudes, por cuya razon se la conoció con el nombre de *yerba de la reina*, hasta la muerte de aquella princesa. Al famoso Linnéo es á quien debió el nombre genérico de Nicotiana.

Por esta misma época todos los soberanos de Europa simultáneamente, hacian los mayores esfuerzos por evitar los males que creian habian de resultar de la introduccion del tabaco en sus estados. La reina Isabel motivó el edicto que espelió anatematizando su uso, con el peligro que corrían sus súbditos de retroceder á la barbarie, si se en-

tregaban á los mismos gustos que las naciones salvajes. El rey Jacobo publicó un folleto contra el uso del tabaco, en el que decia que la costumbre de fumar, era nociva al pecho, perjudicial á la vista, nauseabunda para la boca, y perturbadora de la razon; pretendia tambien que el fétido y negro humo del tabaco era la imagen de las emanaciones del insondable abismo de la Estigia. Pero toda su elocuencia no consiguió el efecto que se proponia, ni tampoco el enorme derecho que impuso de seis pesetas en libra, y la absoluta prohibicion á los plantadores de Virginia de cultivar cada uno con mas cantidad que cien libras. Carlos I de España siguió el ejemplo de Jacobo respecto del impuesto, constituyendo un monopolio en el tabaco en favor de su gobierno, que ha legado á nuestros dias y que continuará probablemente lo mismo aqui que en Francia. Luis XIV que aborrecia la costumbre saludable de fumar, mal calificada de vicio, no consiguió desterrarla, no solo de sus estados, pero ni de su corte, ni aun de entre los mismos individuos, de su misma familia; San Simon refiere que la duquesa de Borgoña se agenciaba secretamente tabaco de España, y se cuenta tambien, que estaba su uso tan generalizado por este tiempo, que Fagon médico célebre, en medio de una terrible peroracion en la que con los mas negros colores pintaba los inconvenientes y funestas consecuencias del uso de tabaco en polvo, se interrumpió á sí mismo distraídamente, sacó su caja, sorbió un gran polvo y continuó su discurso.

En 1623, Amurat IV prohibió bajo pena de perder la vida, esta costumbre tan generalizada hoy en sus estados; por contraria á las costumbres y á la religion. El gran duque de Moscovia siguió su ejemplo y hacia cortar las narices á los que sorbian el tabaco en polvo. La hostilidad de los gobiernos contra este uso era tal, que en 1634 se publicó un código de leyes penales de fumadores, código que rigió hasta la mitad del siglo diez y ocho. En Suiza llegó el caso de igualar este crimen imaginario con el de adulterio.

Habiéndoseles prohibido en 1590 á los persas el uso de la pipa, se vió que los habitantes de pueblos enteros abandonaban sus hogares para refugiarse en las montañas y entregarse á su favorita pasion.

Ahora no debemos pasar en silencio, ya que de tabaco se trata, una circunstancia que tiene íntima relacion con el progreso del cultivo de Nicotiana en Virginia. A principio del siglo diez y siete, ninguno de los plantadores estaba casado, porque consideraban temporal y de poca estabilidad aquel establecimiento; pero el primer cuidado de la compañía que se formó para la colonizacion de esta provincia, fué el enviarles un número suficiente de compañeras, que no fueron escogidas ciertamente de entre las clases y posiciones mas respetables de la sociedad. Cada una de estas mugeres jóvenes, fué adjudicada por 120 libras de tabaco, cuyo valor ascendia próximamente á los gastos del viaje.

EL MAESTRO LESCH.

(Conclusion.)

—¿No es á vos, le dijo, á quien un baron prusiano que ha muerto loco en la calle de Toledo, ha legado un violín que se sospecha ser obra de Gramulo?

—¿Es un verdadero Gramulo!

—Entonces tanto mejor, os le compro.

—No se vende... respondió Lesch resentido y temblando involuntariamente como si hubiese pisado el cuerpo viscoso de un réptil.

—Sin embargo, amigo mio, por interés del arte... objetó disimuladamente el signor Farinelli.

—¿El arte, señor, el arte!... replicó Lesch con exaltacion, mas que por entusiasmo, por el arte conservaré mi Gramulo mejor que mi vida...

¿Vos no sabéis que no tengo mas que esto en el mundo?... ¿que es mi único gozo, mi alma, mi paraíso, mi Dios, mi salud, mi eternidad... y que fuera de este violín libertador, no hay ya para mí mas que turbacion y miseria, locura y desesperacion?... ¡Oh! no me lo pidáis ya, pues que no puedo dároslo... Pero callad, si necesitáis un Gramulo para ser dichoso, id á pedirsele á Farinelli, quien que tiene uno; os lo venderá, porque para lo que hace todos los violines son buenos... transportará con facilidad su sutileza y juegos de fuerza al primer violín que encuentre...

—¿Conocéis á Farinelli?... preguntó el italiano.

—¿Es el primer violín de san Carlos, no es eso? El difunto baron decia muchas veces que es un charlatan, una especie de jugador de cubiletes, que pasa sus mañosos engaños por descubrimientos de genio.

A estas palabras que le habian aturcido como el golpe del rayo, el orgulloso perito se separó de Lesch con el alma trastornada de espanto y rabia.

¿Quién es, pues, ese miserable alemán, que me trata como á un principiante?... se repetia en el camino. ¡Bá! un gañero á quien el orgullo habrá trastornado la cabeza y que se cree un genio, porque posee un Gramulo!...

Al otro dia cuando los tertulianos estuvieron reunidas en el palacio de Severano, el maestro Farinelli dijo irónicamente esta frase á los asistentes:

—Ya sé la historia de vuestro Gramulo... Los dos primeros músicos del mundo son indudablemente el baron y su legatario; porque este me ha dicho ayer que vuestro servidor Farinelli no era mas que un asno.

A esta noticia toda la sociedad dió una carcajada olímpica y rodaron á Farinelli; preguntándole y suplicándole dijese mas.

Contó la aventura de Schot.

—¿Está loco?... preguntaron los hombres.

—¿Oh! decian las mugeres, vos le presentaréis, no es así, Farinelli?... ¿Cómo nos vá á divertir ese pobre alemán!...

Y algunos de los que se reian se encargaron de la insidiosa circunvalacion de Lesch para llevarle á su sociedad, de la que debia hacer renacer el buen humor durante algunas noches.

No se habian pasado ocho dias, cuando Lesch hizo su primera visita en el palacio Severano, y tuvo un momento de incomodidad al reconocer en el feliz é idólatra Farinelli al hombre de Sebet; pero el primer violín echándola de hombre de grandes talentos, perdonó al cándido alemán á quien se debia tomolar.

Aquella noche la fiesta fué bulliciosa y alegre, y antes de que concluyera se pidió que cada uno tocase un poco. Así lo habia dispuesto el complet para llegar mas pronto á la mortificacion del legatario del Gramulo.

Farinelli lució admirablemente aquellas brillantes vanidades que el baron llamaba juego de cubiletes, y que eran el sello particular de aquel perito. Los artistas hicieron lo que el maestro Farinelli, entonces adulando traidoramente á Lesch sobre su habilidad, se solicitó de él igual gracia que quiso excusar por la ausencia de su violín, único en que podia tocar; pero le cortaron estas razones enviando á buscar su Gramulo.

El alemán empezó.

Era un paráfrasis de aquel motivo de la melodía antigua, que ha servido de tema al *prefacio* de la *misal romana*.

La voz del violín fué primero grave y solemne como la palabra santa; despues dura, lúgubre y contrita, se elevó á las calmosas y maduras esperanzas de la oracion, y nadó durante algunos minutos en los suaves éstasis del arrebató de la fé que adora. Entonces una detonacion de todas las cuerdas sonó como el clamor que harian los hombres al ver abrirse sobre sus cabezas el cielo resplandeciente.—Y una voz nueva se elevó llevando en sí fascinadoras exaltaciones de la ritma de los ángeles, y subió fervorosa é inmaculada hasta los santos éstasis del bienaventurado; despues todo acabó por un grito terrible, como el del pecador que echa la faz contra la tierra, en presencia de la magestad del santo de los santos.

Los hombres salieron del palacio de Severano avergonzados y llenos del veneno de la envidia.

Las mugeres feian una aureola al rededor de la cabeza inspirada del músico estrangero.

El celoso Farinelli salió de allí pensando como podria perder al alemán.

Y Lesch idolatrado de aquella sociedad, cada dia adquiria una ovacion.

Esto fué su perdicion. Insensiblemente tomó gusto al alegre vivir de los artistas italianos; como ellos, amó la existencia loca y dissipada que

los grandes señores napolitanos repartían á manos llenas á los peritos de San Carlos. Buscaba fiestas y placeres pidiendo siempre incensos para su vanidad, y flores para su cabeza; quiso amar, y para lograrlo echó su corazón á la pasión de las mujeres de Italia.

Desenfrenó sin piedad todas sus inclinaciones que como potros arrastraron su alma, unas al juego y otras á las cortesanas, y en fin la embriaguez de los vinos devoradores, y otros desordenes consumidores le sumieron en el mas estravagante desorden tanto material como espiritual.

Este desorden duró cerca de dos años.

En una sala baja y lividamente alumbrada, de una casa bastante mal afamada del arrabal que conduce á Aversa, Lesch jugaba una noche con algunos individuos de mala cara. El cambio de juego le habíamaterialado horriblemente, y puso su puesta de cincuenta florines, echando una mirada sospechosa y sombría sobre los pícaros que le rodeaban.

Eran los últimos cincuenta florines de los treinta mil que le había legado el baron.—Perdió.

Los innobles jugadores se levantaron y dejaron el garito.

Farinelli, que se había hecho el inseparable compañero de disolución de Lesch no había jugado aquella noche; bebió vino de Chipre en medio de un círculo de mugeres. Cuando salieron los filleros que habían pillado á Lesch, el italiano se levantó y continuó la partida contra el alemán que sumamente encalabrinado llamaba jugadores; algunos camaradas de Farinelli se unieron á ellos.

Lesch á pesar de perder sumas considerables sobre palabra, se obstinaba mas y mas.

—Vamos, basta ya de dinero, dijo Farinelli, juguemos otra cosa si tu quieres.

—La bailarina Guilleta por ocho dias..., dijo Lesch.

Perdió tambien; pero los jugadores quedaron frios, no era mas que una muger.

—¿Tu Grámulo contra dos mil escudos de la virgen?... continuó el italiano con aquel pérdido buen humor, que fascina á los que pierden y les oculta el horror de lo que intentan.

—Sche, vá, replicó el alemán despues de un momento de reflexion.

Diéronse las cartas. Los rostros de los contendientes estaban espantosamente pálidos aguardando el fin del juego.

El Grámulo pertenecía á Farinelli.

Lesch no respondió mas que por un rugido sordo y sofocado, y él mismo le llevó á su casa y le entregó el violin. Estaba como embriagado....

Cansado por las angustias del juego se echó en un lecho, y despues de una hora de sueño se despertó con la extraña idea de tocar. Levantóse y fué derecho á la pared donde acostumbraba á colgar su instrumento.... ¡No estaba allí!... tentó en toda la longitud de la pared, ¡Nada!...

Entónces un recuerdo horrible se elevó en su espíritu como la lámina de un puñal,

El vértigo del juego se habla disipado, y no quedaba ya mas que la desesperacion del artista.

¡Oh! traidor Farinelli, me has robado mi Grámulo... damele ó te mato... ¡Oh! damele, tó ya tienes uno.—No quieres?... ¡Oh! sí, estoy convencido de que esto no ha sido mas que una broma, ríes... ¡Farinelli, dame mi violin, dame mi violin!...

Y delirando así bajo á la calle, y se dirigió hácia la puerta de los Carmelitas.

La misma mañana que siguió á aquella noche, corrió una noticia alictiva por la ciudad.

El signor Farinelli habla sido hallado ahogado en su propio cuarto.

Tambien se supo que el famoso perito alemán habla desaparecido.

Hácia aquel tiempo habla llegado á la pequeña villa, de que hemos hablado al principio de esta historia, un hombre enteramente desconocido. Manifestaba estar fatigado por un largo viage, y en su vestido sucio y destrozado por el camino, se podia aun distinguir un resto del fausto común á los ricos italianos.

La conciencia inquieta de Lesch buscó la sombra y el silencio, y no se atrevió á confesar á nadie que era el célebre músico que habla hecho tanto ruido en Nápoles. El miedo de ser descubierto, le inspiró la idea de refugiarse en una de las mas bajas condiciones de artesano, y ocultar á todo el mundo que sabia música.

Cuando creyó haber olvidado las impresiones de su última noche en Nápoles, procuró lograr la dicha que proporciona á la vida pacífica el arte que uno profesa, que no vende á nadie y todos ignoran. Tomó su Grámulo; pero el violin habla unopor uno todos los recuerdos del asesino de Farinelli; cada una de sus vibraciones le recordaba una agonía del desgraciado italiano.

El asesino no se atrevió á tocar su instrumento; le encerró en un cofre, y le cubrió de trapajos para sofocar las quejas que creia siempre oír gemir á las cuerdas del violin endiablado. Lesch perdió la conciencia de su talento, su genio se abogó, cayó en la dolorosa incomodidad de una cosa que la naturaleza del hombre no puede hacer dos veces, y solamente por la noche muy tarde, despues de cubrir el fuego cuando venia de la taberna, despues de cerrar cuidadosamente su puerta y maderas encornidas, en fin, cuando se creia bien solo, era cuando abría sospechosamente el cofre, sacaba lentamente los trapos que ocultaban su violin, y le miraba por espacio de una hora abismado en un silencio espantoso, presa de la amarga tristeza del perro que veia allado del cadáver de su amo.

Este era el secreto de la vida salvaje del maestro zapatero Lesch.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE DON FRANCISCO DE P. M.—EDITOR,

calle del Sordo, núm. 11.